VEGETTA777 WILLYREX

WIGETTA

Y EL TESORO DE CHOCATUSPALMAS

mr

VEGETTA777 WILLYREX

WIGETTA

Y EL TESORO DE CHOCATUSPALMAS

mr

© Willyrex, 2018
© Vegetta777, 2018
Redacción y versión final del texto: José Manuel Lechado y Joaquín Londáiz, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y portada, 2018
© Pablo Velarde por los bocetos, el color y la creación de personajes secundarios, 2018
© José Luis Ágreda, por la línea y el color, 2018

Diseño de interiores: Rudesindo de la Fuente
Primera edición: julio de 2018

ISBN: 978-84-270-4447-0
Depósito legal:
Preimpresión:
Impresión:
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

8 ¿Quién quiere días normales?
26 Un viaje en tren
50 Por el desierto
68 Cita en la encrucijada
88 Emboscada
102 ¡Estamos en apuros!
122 Gold City, ciudad sin ley
142 Un plan más o menos elaborado
162 El gran duelo
180 Fiesta en el Oeste

¿QUIÉN QUIERE DÍAS NORMALES?

Era un día plácido y luminoso, uno de tantos en Pueblo. Todo parecía normal... Y bueno, es que era normal. Lecturicia soplaba el polvo de los libros de la biblioteca y luego miraba por la ventana con ojos soñadores, pensando en las aventuras que había leído en tantos libros. Tabernardo, en su bar, se atusaba los bigotes antes de servir unos refrescos a los leñadores. Del laboratorio de Ray salía una nube de humo, proveniente de la última explosión de uno de sus experimentos...

Sí, todo parecía estar como siempre, excepto un pequeño detalle... ¿Dónde se habían metido Willy y Vegetta? ¿Y Vakypandy y Trotuman, sus inseparables mascotas? No había rastro de ellos ni en la plaza, ni en el puerto, ni tampoco en los campos y sembrados cercanos... Ah, sí, habría que haber empezado por ahí: no, en su casa tampoco estaban.

Pero no había ningún misterio. Al menos, no de momento. Los dos amigos habían decidido emplear aquella espléndida mañana, soleada y silenciosa, en uno de sus pasatiempos favoritos: montar a caballo en la granja de los hermanos Ovejero. Willy se las apañaba como podía sobre un potro castaño para que no se le

volara su inconfundible boina verde mientras el animal trotaba a su aire. Vegetta, por supuesto, montaba a su viejo amigo Vicente, el caballo blanco con el que había vivido tantas aventuras.

—**¡Vamos, Vicente!**

Corre como tú sabes.

¡ESTA CARRERA ES NUESTRA!

—**Eso habrá que verlo** —contestó Willy, que seguía a rebufo de su amigo, aunque ganándole terreno.

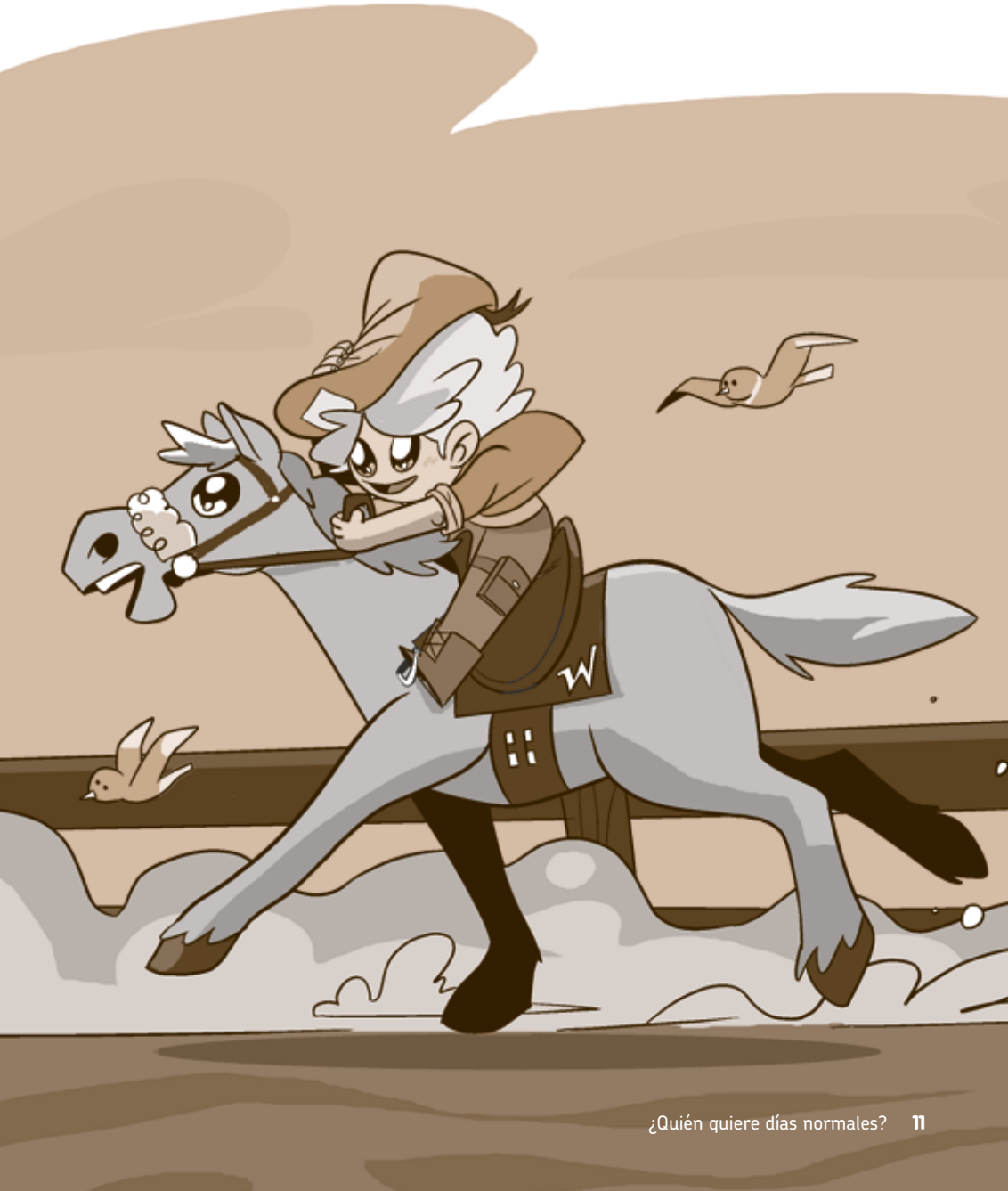
—No eres rival para mí —se chuleó Vegetta.

Desde detrás de una valla, al otro lado de la pista de hípica, Vakypandy y Trotuman contemplaban la escena con cara de circunstancias.

—Vaya dos —comentó Vakypandy.

—Ya te digo —asintió Trotuman.

Estaba claro que lo de montar a caballo no era lo suyo. Unos segundos después la carrera terminaba con Vicente como ganador apenas por una cabeza de ventaja.



—¡HEMOS GANADO!

—proclamó Vegetta a voz en grito abrazándose a Vicente.

El caballo respondió con un relincho de alegría.

—¿No os animáis a montar un poco? —preguntó Willy a Trotuman y Vakypandy, que seguían a su rollo, apoyados en la valla.

—No le veo la gracia a montar sobre alguien que se mueve a cuatro patas —contestó Vakypandy, con gesto irónico.

—Y yo paso —dijo Trotuman—. Podría daros algunas lecciones, pero no hoy.

—Ya... Lo que pasa es que tienes miedo de caerte —se rio Vegetta.

—¿Miedo yo? ¿De qué? ¡Soy una tortuga acorazada!

—Bla, bla, bla

—intervino Willy, riéndose ya descaradamente.

—¡OS VAIS A ENTERAR!

Nada más pronunciar estas palabras, Trotuman se arrepintió de haberse lanzado. En realidad no tenía ni idea de montar a caballo. Se acercó al potro de Willy y le pareció alto como un elefante. Puso cara de «¿Y aquí por dónde se sube?», pero no dijo nada para no hacer el ridículo y, como pudo, se aupó a lomos del animal. Mala idea. Apenas cayó sobre la silla, el caballo arrancó desbocado.

—¡SOCORROOOOO!

—gritó Trotuman, que veía llegada su hora final.

—¡PERO AGARRA LAS RIENDAS!

—voceó Willy, al tiempo que salía corriendo detrás.

Por suerte, el caballo apenas había iniciado un trotecillo, aunque a Trotuman le parecía que volaba por los aires. Willy lo alcanzó enseguida, lo sujetó y consiguió detenerlo sin esfuerzo. Luego ayudó a Trotuman a bajar. Se había puesto de color amarillo y le temblaba un poco el caparazón.

—**¿Así que un gran jinete, eh?**

—Bueno —respondió Trotuman—. Es que hace mucho que no monto.

—Ya.

El sol se acercaba ya al horizonte, tiñendo de rosa las nubes y esparciendo una luz suave por toda la pradera.

—Es hora de volver a casa —dijo Vegetta—. Ya nos hemos divertido por hoy.

Con mucho cariño, Vegetta quitó la silla y todos los trastos a Vicente, le acarició el lomo y le dio una rica rosquilla. Normalmente a los caballos les gustan los azucarillos, pero no le iba a ofrecer tan poca cosa para recompensarle por tanto esfuerzo.

—Come, come, amigo mío —le susurró tan dulcemente que parecía que se iba a derretir.

—Tío, cuando te pones empalagoso... ¡Venga, vamos!

Los hermanos Ovejero se quedaron en los establos contemplando la puesta de sol mientras decían adiós a Willy y Vegetta, que regresaban a Pueblo dando un paseo. Trotuman se sacudía de las patas un polvo totalmente imaginario, pues apenas había estado sobre el caballo cinco segundos.

Se acercaba el final de un día que había sido magnífico para todos. ¿O quizá no para todos?

Más allá del lindero de la granja, donde empezaba el bosque, tres pares de ojos maliciosos habían estado contemplando toda la escena sin ser vistos. Se trataba de tres tíos hechos y derechos. Unos completos desconocidos en Pueblo y que, por su actitud, no parecían albergar buenas intenciones. Si alguien hubiera mirado en la dirección del bosque y hubiera llegado a verlos, le habría llamado la atención un detalle curioso: los tres eran muy diferentes en tamaño y aspecto, pero todos vestían camisas con estampado de tulipanes. ¿Sería para camuflarse? Pues si era por eso, no era una idea brillante porque por allí no crecían tulipanes. Aparte de eso, los tres llevaban sombreros de *cowboy* y las caras tapadas con pañuelos de lunares, cada uno de un color: rosa, amarillo y azul celeste. ¡Qué pintas tan raras!

—Ya se han ido. Vamos a por los caballos —susurró uno de ellos, con voz ronca.

—**Espera, idiota...** —le ordenó otro, que parecía el jefe—. **¿Sabes quiénes eran esos dos?**

—Ni idea —contestó el tercero. No le habían preguntado a él, pero le apetecía participar en la conversación.

—Pues son nada menos que Willy y Vegetta, los dos famosos aventureros.

—Da igual, ya se han ido.

—Eso, vamos a por lo que hemos venido —intervino el otro—. Necesitamos esos caballos para nuestros próximos golpes.

—Calma, calma, queridos primos —insistió el jefe—. Nos llevaremos los caballos, pero se me acaba de ocurrir una idea. Qué diablos: una ideota.

—Deja de llamarme idiota —se quejó el más gordo de los tres.

—**¿Serás bo...?** Pero si no he dicho eso, que no te enteras, se me acaba de ocurrir una gran idea, un plan genial.

—Cuenta, cuenta —apremió el más alto.

—Escuchad...

Una hora después, de la casa de Vegetta y Willy salían unos gritos que se oían desde la calle.

—¡NO, ASÍ NO!

—¡¡¡CUIDADO!!!

Era la hora de la animada partida de dardos, estaban también Tabernardo y Pantricia, y los gritos se debían a que era el turno de lanzar de Trotuman y, aplicando no se sabe bien qué reglas físicas, intentaba dar en la diana con un raro efecto que... ¡en lugar de apuntar al blanco lo hacía en la dirección de los otros jugadores!

Después de hacer sus cálculos y cuando los demás se habían escondido detrás de los muebles, lanzó el dardo con gran fuerza y... ¡Zas! Para sorpresa de todos se clavó en pleno blanco.

—Os lo había dicho, cobardes —presumió Trotuman.

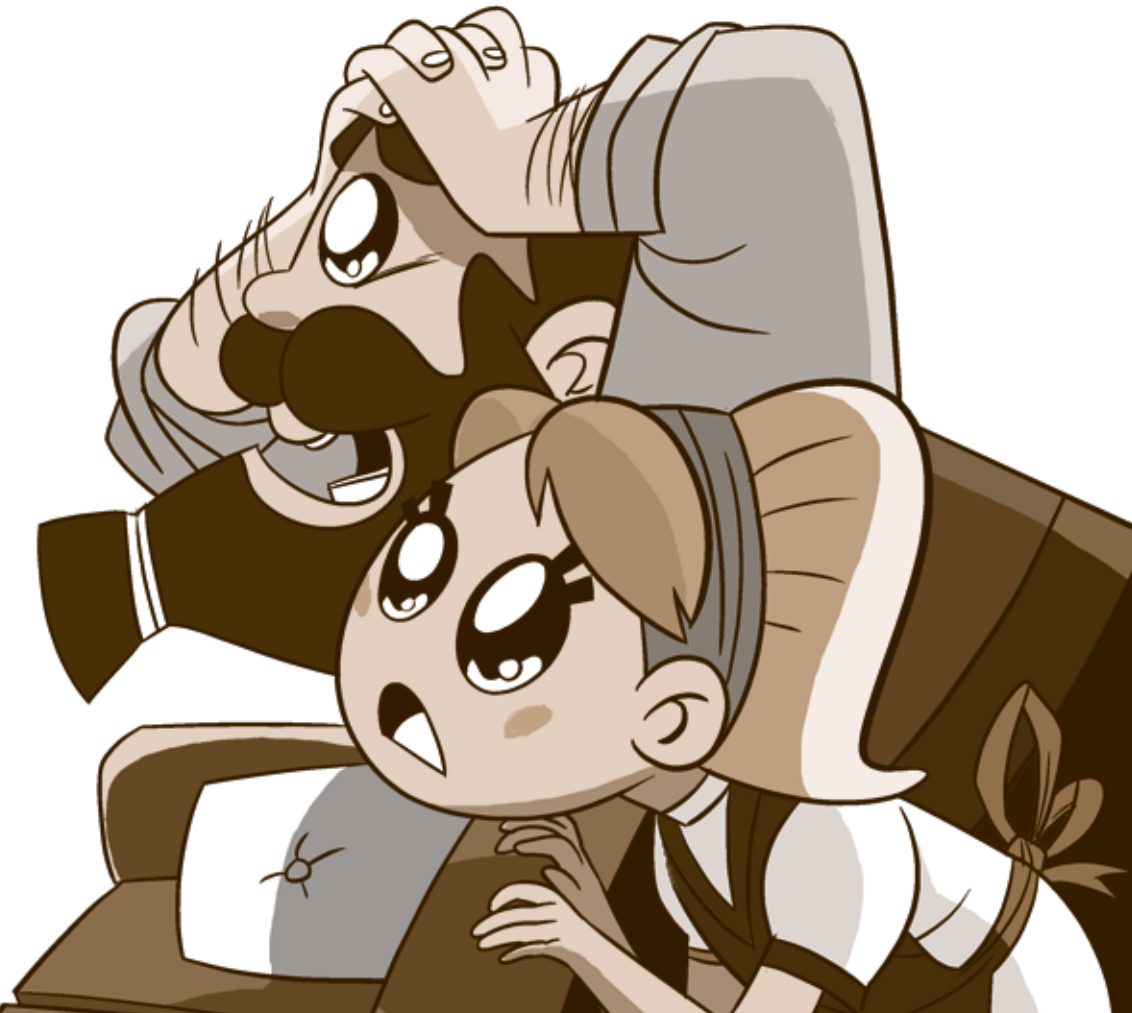
—Eso ha sido potra... —observó Tabernardo, que no podía creer lo que acababa de ver.

En ese momento unos golpes sonaron en la puerta.

—¿Por qué no llamarán al timbre? —preguntó Vegetta mientras se dirigía a abrir.

—Lo cambié ayer por unos juegos —respondió Vakypandy.

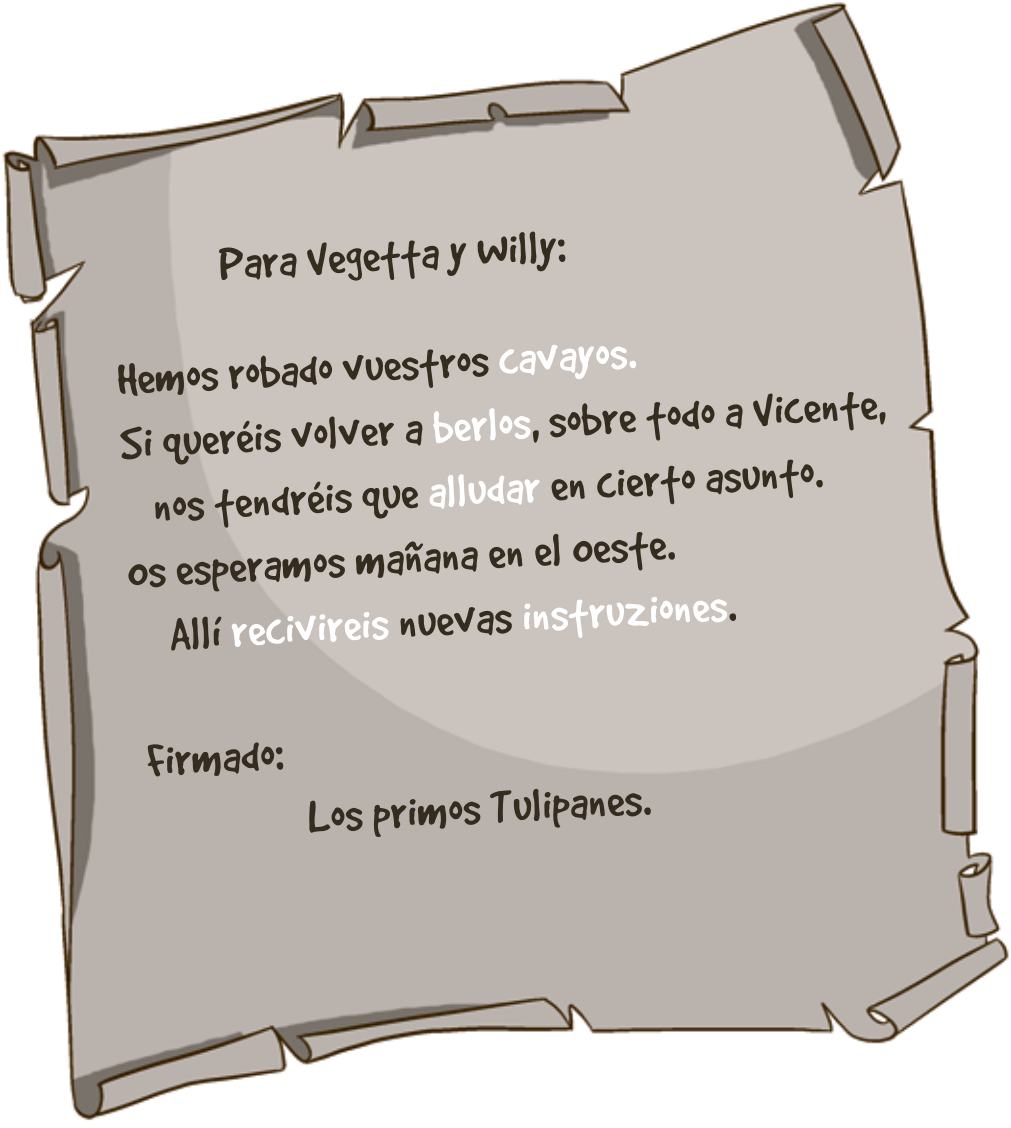
—Pues anda que... **¡ya te vale!**



Eran los hermanos Ovejero. Uno de ellos, con expresión ansiosa, se tiraba de las puntas del bigote con las dos manos. El otro, como no llevaba bigote (aunque mostraba el mismo gesto preocupado), tenía las manos libres para sujetar una hojita de papel que entregó a Vegetta. Ninguno de los dos hermanos articuló palabra, de lo nerviosos que estaban.

—**¿Qué es esto?** —preguntó Vegetta, tomando el papel y disponiéndose a leerlo.

Desplegó la hoja, ante la atenta mirada de todos, y leyó en voz baja, poniendo una cara que iba pasando del asombro a la rabia y luego a la desesperación. Esto es lo que decía literalmente la nota:



Unas lágrimas empañaron los ojos de Vegetta. Trotuman, que era el que estaba más cerca, le quitó la nota de entre los dedos.

—**¿Pero qué pone?** —preguntó Vakypandy.

—**¿Estás bien, amigo?** —se interesó Willy, mientras invitaba a entrar a los Ovejero.

—Qué va a estar bien —dijo Trotuman, leyendo en voz alta la nota, para que todos se enteraran de qué iba la cosa—. Con esta ortografía desastrosa, no me extraña que se te salten las lágrimas.

—¿Pero esto va en serio? —consultó Willy a los Ovejero.

—Sí —respondió el que no llevaba bigote—. Debió de ser al poco de iros de la granja, mientras nosotros cenábamos. Se han llevado todos los caballos —y ante la mirada triste de Vegetta, añadió—: también a Vicente. La nota estaba clavada en un poste, a la entrada de los establos.

—¿Y qué es lo que quieren? —preguntó Pantricia.

—Está claro que no es un simple robo de unos cuatreros —señaló Trotuman, siempre tan agudo—. Es un chantaje: quieren que hagamos algo. Algo malo, sin duda.

—Tenemos que... —empezó a hablar Vegetta, pero se le hizo un nudo en la garganta y no pudo seguir.

—**¡Sí!** —prosiguió Willy—. Tenemos que ir a por Vicente y sus amigos. Hay que salvarlos como sea.

—Pero... **¿al Oeste?** —recalcó Vakypandy—. El Oeste es muy grande.

Por un momento se miraron todos desconcertados. Entonces intervino el otro hermano, que hasta entonces no había dicho nada.

—También dejaron esto con la nota.

Y enseñó dos billetes de tren en los que se leía

«Destino: el Oeste».

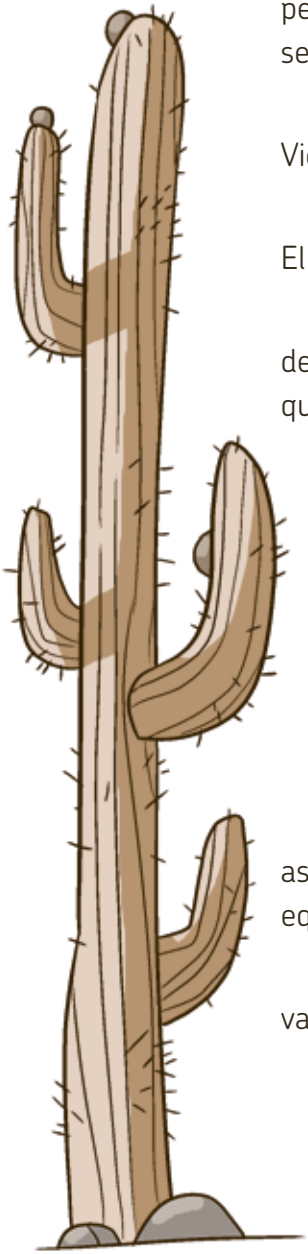
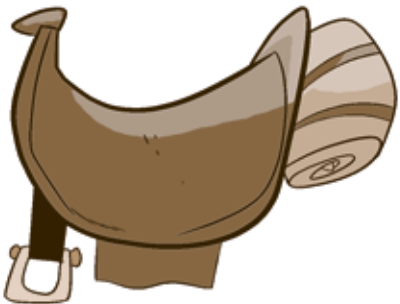
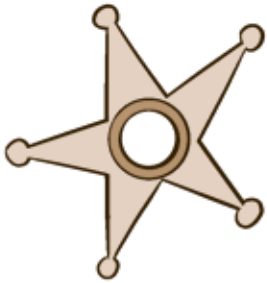
—Tienen fecha de mañana por la mañana.

—Hay que prepararse. ¿Qué necesitamos?

—Nos harán falta caballos —dijo Trotuman.

—Amigo mío —le contestó Willy—, a veces me asombran las cosas que dices. Llevaremos nuestro equipo habitual.

—Os harán falta pistolas y sombreros de vaqueros —señaló Tabernardo.

—Y unos pañuelos para llevar al cuello —añadió Pantricia.

—Vale, pues a hacer el equipaje. Y tú no te preocupes —se dirigió a Vegetta, que parecía más tranquilo, viendo la determinación de su amigo—. Iremos al Oeste, encontraremos a Vicente y lo traeremos de vuelta, junto a sus compañeros.

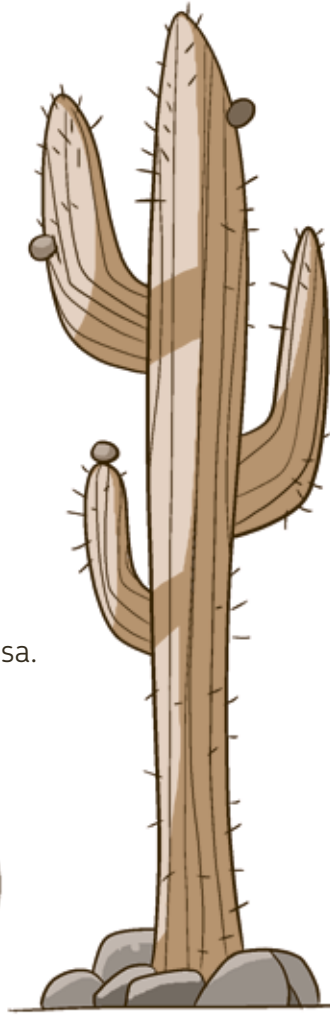
—¡Sí! —dijo Trotuman, poniendo pose de pistolero—. Pero os olvidáis de un detalle.

—¿De cuál?

—Que habrá que comprar dos billetes más de tren: para Vakypandy y para mí.

—Ah, eso no va a ser problema —intervino la aludida—: las mascotas viajamos gratis.

—Entonces... no se hable más.



¡Al Oeste!

Entre los preparativos y las ganas de rescatar al bueno de Vicente, esa noche transcurrió muy deprisa. También ayudó bastante el deseo de darles su merecido a los malvados que se lo habían llevado.